

El nacimiento del deseo, de Florencia Abadi

SANTIAGO DE CHILE, PÓLVORA EDITORIAL, 2024.



Luz Agustoni

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

En *Los Mitos Griegos*, Robert Graves nos retrata, a través del empleo de diversas fuentes, el mito del nacimiento de Afrodita. Ella surgió desnuda de la espuma del mar y, a cada paso que daba adentrándose en la tierra, la hierba y las flores brotaban donde quiera que pisara. El deseo que ella origina tiene ese mismo efecto vital. El que es tocado por la diosa experimenta la efervescencia de un sentimiento que se presenta como irrefrenable, tan inevitable como que la flor abra sus pétalos.

En el libro que aquí reseñamos, Florencia Abadi, Doctora en Filosofía, investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y docente de Estética en la Universidad de Buenos Aires (UBA), hace uso de áreas como la filosofía contemporánea, el psicoanálisis y la mitología griega para trazar una imagen completa que representa este movimiento imparables en el ser humano: el deseo (éros). La obra reúne diez ensayos que investigan las diversas facetas de este sentimiento: la vergüenza, la culpa, la traición, la fantasía histórica de una reproducción que prescindiera de la mujer, el enigma, la crueldad, el despecho, el tratamiento de la ambigua figura del dios Dioniso y, finalmente, el trazado de su propia *Ars erotica*. La lectura del libro es amena y creemos que está dirigido tanto a un público no especializado como a aquel que ya posee conocimiento en el área.

El primer ensayo se remonta al nacimiento del deseo a través de dos relatos fundacionales del pensamiento occidental: el Génesis y el mito de Prometeo. Sumergiéndonos en el primero, Abadi afirma que Adán y Eva viven en el paraíso sin haber sentido la pulsión primera del conocer: la curiosidad. A ella se agrega el atreverse a saber y la pérdida de la inocencia desconocedora. Para la autora, el espacio idílico que ambos habitan representa una dimensión encriptada de la vida psíquica: un lugar donde no existe sufrimiento alguno. Sin embargo, “nada falta a excepción de la falta, y por tanto el deseo” (p. 11). Aquellas dos figuras inocentes realizan la primera transgresión curiosa sin aún haber adquirido la curiosidad. ¿Por qué? La respuesta de Abadi se remonta al mito sobre el origen de la divinidad griega Eros y toma la voz de la psicoanalista Melanie Klein: la serpiente

que tienta a Eva representa la envidia, la idealización de que hay algo que otro tiene y yo no. El deseo de conocer aquello de lo que se nos priva implica una transgresión, y tal acto será analizado a partir de la figura mitológica de Prometeo.

El segundo y tercer ensayo exponen dos consecuencias aparejadas a la caída en el deseo: la vergüenza y la culpa. La vergüenza de Adán y Eva es consecuencia de desgarrar los velos que los mantenían en el desconocimiento, sus ojos ahora ven, curiosean y conocen. Con el acto de conocer viene el pudor ligado al desgarramiento de lo íntimo. Este sentimiento que desencadena el deseo será analizado a partir del pensamiento de Bataille y los cínicos. Además, la autora explora su vínculo con el acto de espiar, la libido y el deseo de “desresponsabilizarnos”. De este modo, la conclusión de Abadi es que lo verdaderamente original no es la culpa, sino la vergüenza. Esta constituye el ámbito de lo culposos que se origina en una fantasía primaria: “la de una instancia omnisciente que, por tanto, nos impide poseer una existencia íntima. A esa instancia podemos llamarla madre” (p. 33). La autora sostendrá que tal figura implica el no poder ocultarse, que no haya secreto que pueda ser resguardado. A lo largo del ensayo muestra el entramado que conforma lo culposos con la necesidad de reparar una falta cometida, su relación con el decir—que veladamente esconde el sentimiento de que la persona a quien uno se confiesa ya lo sabe todo—, la sexualidad y el egoísmo. Finalmente, la última sección hace uso de la tesis de Piera Aulagnier para reivindicar la necesidad de poseer un espacio mental que cuide lo íntimo, que tenga secretos.

El cuarto ensayo se vale de la mitología griega para adentrarse en el ámbito de la traición exogámica. Astutamente, la autora toma dos figuras que representan a la mujer traicionada, pero su accionar y carácter es opuesto: Medea y Ariadna. Ambas son abandonadas por el héroe que las enamoró luego de haberse entregado, podríamos decir, en cuerpo y alma. Sin embargo, se contraponen en lo que dan y en las consecuencias que generará traicionarlas. Siguiendo a Abadi, la Medea de Ovidio se equivoca cuando se lamenta por no amar a alguien de su patria, pues su tierra nunca podrá satisfacer sus anhelos eróticos:



“el deseo es exogámico por definición, expulsa y desprotege” (p. 40). Las dos mujeres se enamoran de un extranjero que no les es conveniente y que finalmente las abandonará, pero ambas son reivindicadas. Ariadna da un hilo “la memoria amorosa que nos trae de vuelta del laberinto” (p. 43), Medea da su magia. A Ariadna la defiende el amor, a Medea la venganza que permanece impune. Su no castigo habla del poder de su figura: a diferencia de los héroes trágicos, Medea puede contemplar sus actos sin sacarse los ojos.

El quinto ensayo aborda un tópico que pareciera ser exclusivo de la cultura griega antigua, pero Abadi demuestra que permanece velado hasta nuestros días: la fantasía patriarcal de poder prescindir de la mujer para la reproducción de la especie. Su análisis estará guiado por las deidades griegas Atenea y Dioniso, ambos gestados en el cuerpo de Zeus. Comienza deteniéndose sobre Atenea, la asexuada virgen, que con su figura representa la rígida individuación completamente independiente de un otro. Luego, toma a Dioniso y sus devotas bacantes. En su culto, la autora observa una maternidad universal ligada a la imposibilidad de suprimir la locura que encarna la madre. En sus últimas páginas, el ensayo logra quitar el velo que recubre esta fantasía. Siguiendo a Melanie Klein, muestra que la nutrición crea lazos vitales que originan el sentimiento de gratitud, mientras que la sensación de no recibir origina la envidia. El absoluto patriarcal es entonces “un universo de seres que no reconocen haber recibido nada” (p. 54), la idealización envidiosa de la mujer y el rechazo de aquello que origina la vida: el deseo.

El sexto ensayo explora el vínculo entre el enigma y el deseo. En un primer momento toma el pensamiento de Kant y Durkheim para detenerse sobre el sujeto deseante que proyecta el enigma sobre aquello que desea. Luego, la autora muestra el vínculo del enigma con el percibir que hay algo valioso que se nos sustrae (supuesto de sustracción) y la rivalidad que esto desencadena. Tal dinámica la aplica al éros humano. El otro representa un enigma y por ello invita a la lucha: “se trata de la tensión entre invitación y rechazo que define la seducción” (p. 58). Una de las tesis centrales del capítulo es que no hay enigma sin paranoia. El deseo trae la desconfianza intrínsecamente aparejada, el otro impone un velo que nunca podrá ser quitado, y las actitudes ante este serán contrapuestas: el deseo lo ve como un enigma que quiere quitar, la piedad como el acto que lo sostiene. En las últimas páginas, se explora el lazo entre el enamoramiento y el enigma, siendo el primero una expresión exacerbada del segundo: el enamorado se encuentra enigmatizado, poseído por su propio deseo. Finalmente, la autora diferencia el

enigma del misterio y del secreto, tres instancias que, en diferentes formatos, sostienen algo oculto.

La crueldad será el tópico del séptimo ensayo, donde se la asocia al goce destructivo que supone el desgarrar el velo de lo que no soportamos ver o saber. Haciendo principalmente uso de la filosofía del Marqués de Sade, la autora investiga la unión entre la crueldad y la curiosidad, y su oposición con la piedad. Además, toma la obra *Ricardo III* de William Shakespeare para retratar el núcleo de la ética sadiana: los fuertes deben librarse del yugo de la conciencia. Luego, se hace uso nuevamente del pensamiento de Bataille para dar respuesta a dos mentiras de esta ética y afirmar que tanto la piedad (de la que Sade busca prescindir) como la crueldad son dos gestos necesarios que tensan el arco de la experiencia humana.

El octavo ensayo explora la conexión entre el que es traicionado en una relación amorosa y el deseo de venganza que posee. La situación del despedido es compleja, pues es impotente en el intento de hacer sufrir al otro. Ya no tiene ese poder, está fuera de juego. Para analizar el vínculo entre despecho y venganza, Abadi toma las figuras mitológicas de Aminias y Dido, quienes no pueden aceptar que perdieron en el vínculo erótico y manifiestan el anhelo violento que caracteriza al resentido: asesinar a su amado y ser asesinado por este. Luego, la autora va nuevamente a utilizar la figura de Medea para enlazar el despecho con la fantasía de ser burlado y la venganza que pareciera anular tal humillación.

El anteúltimo ensayo presenta a la divinidad que encarna la locura deseante: Dioniso. Tomando aspectos del pensamiento de Nietzsche, Jung y Bataille, la autora apoda a la deidad como un dios de la transgresión. Sus enemigos siempre son los guardianes del orden que se niegan a rendirle homenaje, pero el orden de la locura sagrada, dice Abadi, es mayor y exige ser respetado. A lo largo del trabajo, se analiza el mito del desmembramiento de Dioniso, la contraposición y vínculo entre los cultos dionisiacos y órficos, el sacrilegio que representa la puerta para experimentar la sabiduría dionisiaca y la caracterización de esta locura que realiza Platón en *Fedro* y *Fedón*. Además, la autora toma las *Dionisiacas* de Nono de Panópolis para delinear a Dioniso como el dios renacido y las caracterizaciones que de él hacen Nietzsche y especialmente Bataille. Este observa la influencia de la figura de Dioniso en Satán, pero tampoco puede negar su vínculo con Jesús. La autora finaliza trazando a la deidad como una figura que, al igual que Jesús, promete la felicidad porque esta procede de la sabiduría, es decir, de la aceptación de la muerte.

El último ensayo de la obra se titula *Ars erotica (siete reglas)*. En él Abadi concluye el recorrido del libro afirmando que la *Ars amatoria (El arte de amar)* de Ovidio, que consiste en consejos para lograr el éxito en la conquista y las relaciones, sería más bien una *Ars erotica* o *Arte de desear*. El equívoco entre amor y deseo alcanza al pensamiento occidental en su conjunto, dice la autora. Por ello, en los siguientes apartados expondrá las “reglas” del arte del deseo que “habita ese espacio fantasmagórico de las proyecciones, las ilusiones, la fascinación” (p. 93).

El *Banquete* de Platón dialogará con las reglas. Como si toda la obra se mezclara a sí misma en este último ensayo, se hace uso de los pasos dados hasta el

momento y se los vincula con nuevos conceptos: la rivalidad, la enigmaticidad, la soberanía, la incertidumbre, el dolor, la búsqueda de trascendencia y la envidia. Sirviéndose de los discursos platónicos sobre Eros, la autora teje un entramado en que palpita el deseo y lo concluye afirmando que, a pesar de ser el sabio aquel que no puede estar enamorado por definición –debido a haber alcanzado la sabiduría y felicidad, donde se prescinde de las ansiedades que genera tal sentimiento– el humano en su accionar de alguna forma reivindica lo vital, mundano y no-sabio que existe en el deseo: “el miedo a la felicidad parece esconderse en lo más profundo del alma humana” (p. 107).